

Sospechas para una herejía: ¿un análisis clasista de las luchas ambientales en América Latina?.

Candela de la Vega.

Cita:

Candela de la Vega (2017). *Sospechas para una herejía: ¿un análisis clasista de las luchas ambientales en América Latina?. XII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-022/465>

SOSPECHAS PARA UNA HEREJÍA: ¿UN ANÁLISIS CLASISTA DE LAS LUCHAS AMBIENTALES EN AMÉRICA LATINA?

Candela de la Vega

Eje Sociología del Hábitat y el medio ambiente

Mesa La Cuestión Ambiental en debate. Discusiones en torno a la relación Sociedad – Naturaleza

Colectivo de investigación “El llano en llamas” - Universidad Católica de Córdoba (UCC)

cande_dlv@yahoo.com.ar

Resumen

Este artículo parte de constatar la débil vinculación que muestran los análisis de conflictos ambientales en América Latina con las perspectivas de *clase*. Esto sorprende en la medida en que gran parte de la bibliografía producida insiste en la relación directa que estos conflictos tienen con las formas siempre renovadas de explotación capitalista sobre la naturaleza y sobre los hombres y mujeres. En este marco, es objetivo de este artículo ofrecer anclajes conceptuales para la noción de *clase* que permitan renovar y aportar a la consolidación de abordaje clasista para los procesos de movilización socioambiental en particular, y los procesos de lucha y conflicto en general en nuestras regiones. Concretamente, este abordaje coloca en un lugar central a la noción de *experiencias de clase*, y con ella, dos dimensiones más que refieren a lo que llamaremos un *campo de clase* y la *temporalidad de la clase*.

Palabras clave: CLASE – CONFLICTO AMBIENTAL – EXPERIENCIA DE CLASE-
MOVIMIENTOS SOCIALES –

Introducción¹

“Lo siento. Si no se está en una iglesia, no hay por qué temer a la herejía”

Raymond Williams, 1970

Desde hace varios años ya que es constante la atención de las ciencias sociales hacia los conflictos ambientales en América Latina, más aun, cuando este tipo de conflictividad se mantiene altamente activa a lo largo y ancho de nuestra región. Ningún diagnóstico profundo y completo de la situación sociopolítica de nuestras sociedades actuales pasaría por alto la existencia de nodos de conflicto local o regional alrededor de la instalación o continuidad de proyectos altamente extractivos de recursos naturales; o aquellos que denuncian la actual o potencial contaminación ambiental y de los consecuentes riesgos para la salud de las poblaciones; o incluso, conflictos a raíz del avance de modos de explotación agrícolas que desplazan poblaciones o destruyen economías regionales.

Especial consideración en los análisis al respecto han tenido los sujetos colectivos que emergen al calor de estos conflictos. En este plano, es frecuente encontrar estudios que aportan valiosísimos análisis sobre sus demandas, sus reclamos, sus formas de acción y organización, sus trayectorias de vida y de militancia, entre otros aspectos. Si nos detuviésemos en las formas de identificación que estos sujetos colectivos en conflicto usan para nombrarse a sí mismos y en relación a los cuales ajustan sus vidas y proyectos, sin duda que tendríamos un panorama muy variopinto. Por ejemplo, en Argentina, trabajos previos nos permitieron acercar y conocer esos lugares colectivos de identificación a partir de nombres como: “afectados”, “vecinos”, “autoconvocados”, “ciudadanos”, “asambleístas”, entre otros.

Ahora bien, resulta un tanto infrecuente encontrar la autonominación de estos colectivos en términos de “clase”. Lo anterior pone en el centro del debate un aspecto poco explorado: la débil vinculación del análisis de conflictos ambientales con las perspectivas de *clase*; y esto nos sorprende aún más cuando, a nuestro juicio, gran parte de la bibliografía producida desde nuestras latitudes insiste en la relación directa que estos conflictos tienen con las formas siempre renovadas de explotación capitalista sobre la naturaleza y sobre los hombres y mujeres.

A producir y reproducir esta distancia colaboran al menos tres cuestiones². En primer lugar, la asunción acrítica de una considerable cantidad de bibliografía respecto de la “probada distancia” de los “nuevos”

¹ El presente artículo forma parte de las reflexiones académicas de la autora dentro del marco simultáneo de: 1) diversos proyectos de investigación acreditados y financiados por organismos públicos, a cargo del Colectivo de Investigación “El llano en llamas” (www.llanocba.com.ar), con sede de trabajo en la Universidad Nacional de Córdoba (UNC) y Universidad Católica de Córdoba (UCC), Argentina; y 2) la tesis doctoral en Ciencias Sociales de la autora, de la Universidad de Buenos Aires, que es realizada en el marco de una beca interna doctoral del CONICET, Argentina.

sujetos protagonistas de la conflictividad social en América Latina, con “los viejos” (las clases sociales, y sus partidos o sindicatos). La temática ambiental, junto con las cuestiones de género, fueron las que más penetraron en el consenso sobre la “diversidad” de las luchas sociales en las últimas décadas en la región en general. Ello condujo a que algunos análisis de los conflictos y luchas ambientales hayan dispuesto casi por obviedad una relación de diferenciación con lo que se entienden son luchas “propriadamente de clase”³.

En segundo lugar, poco ha colaborado a reducir esta distancia la amplia penetración que tuvieron en América Latina las teorías sobre movimientos sociales y sobre acción colectiva: nos referimos a las llamadas “perspectivas europeas” y “perspectivas norteamericanas”⁴. Ciertamente, ambos enfoques, surgidos entre los años ’60 y ’70, significaron una renovación teórica en el campo de estudio de los movimientos sociales; pero estuvieron muy alejados -e incluso nacieron en oposición- a la teoría marxista, en tanto referente de procesos de movilización social y política. Para ciertas miradas críticas, tales perspectivas acentuaron una tendencia al desclasamiento del análisis de los procesos de movilización política en nuestra región⁵.

En tercer lugar, aquello que ha apartado los análisis clasistas de la conflictividad ambiental y de sus protagonistas ha sido también una forma de entender justamente la *clase*, su emergencia y su condición. En general, según Gómez (2014), en los estudios sobre procesos de movilización política entrado ya el siglo XXI, la poco explorada perspectiva clasista se ha presentado más bien, desde un abordaje puramente descriptivo, basadas en una elemental constatación de los espacios geográficos y sociales o de las características socioeconómicas y ocupacionales de los grupos movilizados. En estos casos, la *clase* es asociada a la forma social grupal o colectiva que asume una coerción estructural -y por ende, relativamente estática- sobre los lugares, posiciones o formas coercitivas de emplazamiento y distribución de los sujetos y de bienes materiales y simbólicos.

Es especialmente esta última cuestión lo que nos conduce a revisar nuevamente la noción de *clase*, desandando el camino de la discusión sobre la pertinencia de un abordaje clasista para los procesos de

² Por cuestiones de extensión, en este trabajo nos resulta imposible justificar en gran magnitud cada una de estas advertencias. Por ello, remitimos al lector a revisar los trabajos citados al respecto.

³ Por ejemplo, con matices y aclaraciones, Guimarães (2002) asume que “socialismo” y “ambientalismo” constituyen dos tipos de resistencia antisistémicas -y es este su punto de coincidencia-, aunque con trayectorias históricas distintas. Por su parte, la propuesta de Soto Fernández *et.al* (2007), también consideran la “naturaleza distinta” entre el “conflicto ambiental” y el “conflicto de clases”, y crítica aquellas miradas que suponen *a priori* una superioridad ontológica y performativa del conflicto protagonizado por clases sociales. En la vereda contraria, tenemos estudios como los de Navarro Trujillo y Pineda (2009) y Navarro (2012) que sostienen que las luchas socioambientales son parte del gran conjunto de luchas dentro del capitalismo, y por lo tanto, son luchas de clases atravesadas todas por el conflicto entre capital-trabajo, pero estructuradas cada una de ellas de manera diferente por dicho conflicto.

⁴ Respecto de la difusión y uso de estas perspectivas en América Latina puede consultarse Parra (2005); Galafassi (2006); Aquiles y López (2007); Svampa, (2010); Zibechi (2013).

⁵ Así lo asumen, por ejemplo, en los análisis de Tischler, (2004); Galafassi (2006); Modonesi, (2013); Gómez (2014).

movilización socioambiental, en tanto este tipo de conflictos y de sujetos son la referencia empírica de nuestro trabajo de investigación actual. No obstante, creemos que esta es la plataforma de partida para aportar a la discusión más actual y más amplia sobre procesos de conflictividad política en nuestra región, más aun cuando esas formas de conflictividad se comparan y disponen frente a un horizonte de cambio y emancipación social. Con esta preocupación, este artículo propone delinear aspectos conceptuales desde donde re-ancorar un abordaje clasista de los procesos de lucha y movilización política, especialmente a partir de la noción de *experiencias de clase*.

Brevemente, este texto se divide en cuatro apartados. En el primero de ellos, exponemos aquellas lecturas sobre la clase y su emergencia que representan la mirada opuesta a aquella que proponemos recuperar. En el segundo apartado, explicamos por qué la constitución de sujetos clasistas parte de *experiencias de clase*. En el siguiente apartado, abordamos el conjunto de estas experiencias en tanto *campo de clase*; y por último, delineamos las consecuencias que este tipo de proceso de formación de la clase tiene en su dimensión *temporal*.

Clase: a contramano de lecturas “estáticas”

La apuesta y el reclamo por la pertinencia de un abordaje clasista de los procesos de movilización sociopolítica en nuestras sociedades latinoamericanas parte, en primera instancia, de un distanciamiento con cualquier postura sobre la categoría de *clase* que, para explicar las formas de conciencia y de acción colectiva, parta de ciertas posiciones o lugares en estructuras socioeconómicas que ocuparían los sujetos, en tanto restricciones o límites externos y fijos.

Esta mirada sobre la *clase* -que no ha sido para nada periférica, incluso dentro del marxismo- representa lo que muchos autores han criticado como un enfoque “sociológico” del tratamiento de la *clase*, suponiendo miradas “estáticas”, “topológicas” o “estructuralistas” sobre los roles y relaciones sociales⁶. Aquí, la *clase* es la forma social colectiva que asume una coerción estructural, arrojándonos, más bien, análisis que están más cerca de los tradicionales estudios sobre estratificación social que de la transformación o cambio de esos límites o restricciones. En este plano, el foco de la crítica hacia este

⁶ Esta posición es sostenida y justificada ampliamente en Meiksins Wood (1983); Williams (2000); Bonefeld, (2004 y 2009); Clarke (2009); Gómez (2014). Gunn (2004:19) la nombra como una concepción “sociológica” del tratamiento de las clases sociales -en referencia a la predominante perspectiva antimarxista tradicional dentro de la sociología-, que asume la forma de un grupo de individuos especificados por lo que tienen en común (su nivel de ganancias, estilo de vida, fuente de ingresos, relación con los medios de producción); o que asume que la clase viene determinada por el “lugar” que los individuos ocupan, aceptando la distribución de esos lugares tal como se presenta en el mundo reificado del capital. Gómez (2014) y Bonefeld (2004), en una reminiscencia a Thompson, explican que este tipo de enfoques representan miradas “estáticas” o “topológicas” sobre los roles y relaciones sociales, y consideran que son más bien estudios de estratificación social, antes que estudios de clase. En otras palabras, dan por sentados lugares, distribuciones, categorías y clasificaciones que, justamente, es lo que necesita ser explicado en términos de una analítica marxista de la clase. Meiksins Wood, por su parte, refiere aquí a una concepción más “estructuralista” de la clase social que, en sus términos, puede ser definida “con más o menos (si no es que, acaso, ‘matemática’) precisión en referencia a las relaciones de producción” (1983: 51).

tipo de perspectiva es su bloqueo respecto del carácter móvil, contingente o histórico de esas estructuras y emplazamientos. En pocas palabras, este tipo de miradas parten de dar por sentados lugares, distribuciones, categorías y clasificaciones, que son, justamente, lo que necesita ser explicado en términos de una analítica marxista.

Por el contrario, y en una inversión de lo que constituye el punto de indagación, la *clase* no podría ser pensada como la forma social grupal o colectiva que emerge como respuesta o reflejo a una coerción estructural, sino como la forma misma en la que los agentes enfrentan o inciden en las coerciones y distribuciones que sufren por parte de otros agentes. En este sentido, el concepto de clase que proponemos no puede ubicarse nunca como un operador de identificación a partir del cual un sujeto debe ser valorado o graduado. Un análisis clasista lejos de una reivindicación de alguna identidad política de clase, avanza más bien como “una crítica de clase” (Bonefeld, 2004: 39), es decir, una crítica de la relación a partir de las cuales existen definiciones o clasificaciones más o menos estancas de individuos y de las luchas que integran o protagonizan.

Desandar la distancia respecto de las lecturas más estáticas de la formación de clases exige, entonces, recuperar analíticamente dos aspectos cruciales que, a modo enunciativo, podríamos nombrar como:

- El *carácter dinámico/móvil* que dentro del marxismo tiene la constitución de clases sociales, nunca despegado del plano de la *praxis*- o de la lucha. Recuperando a Thompson (1984, 1989), la clase siempre es algo que *va siendo*, y por ende, no es un punto de partida, sino más bien el resultado de procesos sociales y políticos de convergencia. De ahí que la constitución de clase no es un *a priori* a la lucha, ni tampoco se alcanza a través de ella, sino que es *en la lucha* misma donde y cuando las clases se constituyen.
- El *carácter relacional /antagónico* de la formación de clases sociales, a partir del cual, estas no pueden definirse sino por su localización dentro de un sistema de relaciones sociales antagónicas. Esto implica cuerpos y lugares, trayectorias que unen y definen una situación compartida, pero siempre en relación antagónica con otros cuerpos, lugares, trayectorias, etc. La distribución de esos cuerpos y lugares no es otra cosa que la sedimentación histórica de relaciones de producción capitalista en situaciones de clase, situaciones que llevan consigo antagonismos y conflictos de intereses que, por consiguiente, crean condiciones de lucha. Este carácter antagonista de la formación de la *clase* remite indefectiblemente al modo en que la

relación capital-trabajo atraviesa y constituye relaciones entre grupos sociales y no solamente la manera que un grupo se opone a otro⁷.

Resaltar estos dos aspectos nos remite a un enfoque sobre la formación de la *clase* en dónde esta no es un punto de partida ni una cualidad o atributo ya dado de ciertos sujetos -y no de otros, se podría decir. Más bien es el resultado de la forma en que se experimenten relaciones antagónicas de producción de la vida material. Este “resultado”, dirá Thompson (1989), no tienen ley, en el sentido de que la forma y el momento exacto de su constitución no puede nunca predecirse, sino a costa de comprender de manera errada la naturaleza del sujeto clasista. De ahí que la constitución de *clase* no es un *a priori* a la lucha ni tampoco se alcanza a través de ella: al contrario, es *en la lucha* misma donde y cuando las clases se constituyen. Una perspectiva de este tipo, según Meiksins Wood, podría ser sustento para recuperar preguntas críticas para el marxismo, que siempre tuvieron que ver con “las dificultades y modalidades que entraña la movilización de los intereses de clase y la organización de fuerzas clasistas en un movimiento político efectivo (2013: 189).

Clase y Experiencia

Ahora bien, el abordaje que proponemos intenta recuperar una línea dentro de la tradición marxista en donde la *clase* emerge de la combinación histórica y móvil de *experiencias concretas* en las que un colectivo social expresa y participa de relaciones de antagonismo en torno a la producción y reproducción de condiciones de vida material. La conformación de sujetos sociales como *clase* es un proceso siempre mediatizado por las experiencias históricas de su realidad inmediata. De ahí que, la constitución como *clase* se presenta como un proceso constantemente renovado y renegociado de experimentación activa de las relaciones antagónicas que organizan la sociedad capitalista.

Esta perspectiva nos sitúa en un plano analítico que privilegia la noción de *experiencia* como clave de análisis de los procesos de formación de sujetos políticos⁸. Es la *experiencia* la superficie donde

los hombres y las mujeres retornan como sujetos: no como sujetos autónomos o “individuos libres”, sino como personas que experimentan las situaciones productivas y las relaciones dadas en que se encuentran en tanto que necesidades e intereses y en tanto que antagonismos, elaborando luego su experiencia dentro de las

⁷ En este marco, el concepto de *antagonismo* adquiere un sentido específico, claramente distinto a la recuperación que del mismo han hecho otras perspectivas teóricas -como las de Laclau y Mouffe, la de Melucci, o la de Negri, en sus versiones más actuales, que lo desvinculan de las condiciones materiales de vida.

⁸ En este punto, somos deudores de toda una tradición que centró la formación clasista en esta noción, que puede intuirse ya en Gramsci pero que ha sido recuperada y resaltada por Thompson, en el marco de sus discusiones dentro del marxismo historiográfico inglés de finales de los '70, especialmente referidos a las disputas entre la relación entre lo subjetivo y lo objetivo, entre la agencia y la estructura. Es que, como dicen Cambiasso y Longo, finalmente, “la carga del mensaje teórico contenido en el concepto de ‘experiencia’ es, entre otras cosas, que la operación de las presiones determinantes es una cuestión histórica y, por lo tanto, empírica” (2013, p. 236). Una sistematización de los recorridos y derivas de esta corriente se encuentra en López (2012). La decisión de centrar en esta noción la formación de sujetos clasistas es privilegiada en las propuestas más actuales de Modonesi (2010) y Ciuffolini (2012, 2015).

coordinadas de su conciencia y su cultura (otros dos términos excluidos por la práctica teórica) por las vías más complejas (vías, sí, “relativamente autónomas”), y actuando luego a su vez sobre su propia situación (a menudo, pero no siempre, a través de las estructuras de clase a ellos sobrevenidas) (Thompson, 1981:253)

Así, la tarea analítica que proponemos consiste en la identificación de *experiencias de clase*, es decir, aquellas formas de experiencias inmediatas e históricas que produce específicamente la relación de conflicto entre capital y trabajo en las sociedades capitalistas. La relación capital/trabajo -principio organizativo central de la sociedad capitalista- de manera antagónica atraviesa y separa vidas, espacios, relaciones y prácticas sociales, en las cuales los sujetos entran involuntariamente. No obstante, la relación entre capital y trabajo no existe por sí misma, sino como forma pervertida o fetichizada de relaciones cuya condición previa -y continuamente reproducida- es el divorcio del trabajo de sus medios y condiciones. Por tanto, esta separación se manifiesta cualitativamente de diversa manera y -muchas veces- de formas no directamente aprehensibles en la experiencia más inmediata y concreta de lucha alrededor de las condiciones materiales de existencia. En este sentido, entendemos que la relación capital/trabajo *prefigura* (Williams, 2012)⁹ las maneras en las que los sujetos acceden a sus condiciones de vida y experimentan relaciones sociales.

Es necesario notar que es usual encontrar el uso extendido de una forma restrictiva de entender el mundo del trabajo y sus relaciones, al referirlo solamente al ámbito de la producción primaria de mercancías en el capitalismo; y no, en su sentido más amplio, al proceso por el cual los hombres se producen a sí mismos y a su propia historia. Para algunos autores, incluso, la nota de nuestros tiempos es una expansión global de la sustracción capitalista de forma tal que se borran las fronteras entre la explotación dentro del “tiempo del trabajo” -en aquel sentido restrictivo que explicábamos antes- y el “tiempo de la vida”¹⁰. En consecuencia, “así como el capital tiende a ocupar la totalidad del espacio social, igualmente las luchas se expanden de manera constante y simultánea, cuestionando y respondiendo allí donde éste se implanta. Por lo que el rechazo adquiere un carácter expansivo. El antagonismo se multiplica y se difunde” (Altamira, 2013: 32).

La especificidad del punto de vista marxista es, justamente, la centralidad que tiene la producción y reproducción de las condiciones materiales de existencia como proceso que afecta o matiza las

⁹ Utilizamos esta palabra, a sugerencia de Williams (2012:51), quien la elige para precisar la orientación marxista de la más controvertida expresión de “determinación”. En su explicación, la relación capital-trabajo *determina* las relaciones de clase, no como una fuerza externa o pre-existente que predice y controla absolutamente sus respuestas y efectos, sino como una fuerza que fija límites y ejerce de presiones (Williams 2000:107; 2012:51-52). En un plano más epistemológico, lo anterior se asienta en el supuesto que el orden social se constituye tanto en un nivel estructural como procesual, y por ello, la comprensión de la naturaleza de las clases, en tanto sujeto político, parte tanto de su colocación en la estructura como de su construcción como proceso de subjetivación; es decir, como un curso de configuración interna en relación de experiencias dadas en el contexto de condicionamientos estructurales (Modonesi, 2010; Ciuffolini, 2015; Meiksins Wood, 1983).

¹⁰ Aquí, sugerimos un punto de vinculación con las extendidas perspectivas sobre “biopolítica”, de autores como Negri o Foucault.

interpretaciones y proyectos sociales históricos. Ubicados en este plano, pierde sentido el debate que fuerza a decidir si la relación capital-trabajo es la única que, en toda su riqueza, estructura el resto de las relaciones de dominación; o si por el contrario, este papel lo ocupan otras relaciones y contradicciones -otroza despreciadas como “superestructurales” o “culturales”- como lo son las de género, de raza, religiosas, etc.¹¹ En la medida en que en una sociedad y en un momento histórico dado, todas estas fuerzas se presenten estructurando, produciendo o mediando las condiciones materiales de existencia inmediata para los sujetos en relación a otros sujetos, serán, por ende, “básicas” y no meramente “superestructurales” (Butler, 2000; Williams, 2012).

Hasta aquí, resulta evidente que esto que llamamos *experiencia de clase* no se puede aprehender más que a través de una relación, y, de manera específica, una *relación de lucha*: “los términos ‘clase’ y ‘relación de clase’ son intercambiables, y ‘una’ clase es algún tipo particular de relación de clases (Gunn, 2004: 20). Es que, si las formas de distribución de recursos, cuerpos, lugares o trayectorias que se revelan en una experiencia compartida de clase no son otra cosa que la sedimentación histórica de relaciones de producción capitalista; entonces, tales experiencias crean condiciones de lucha porque llevan consigo -potencial o actualmente- antagonismos y conflictos de intereses. En otras palabras, los antagonismos y conflictos propios de las relaciones sociales capitalistas se *experimentan como clase*, se reconocen colectivamente como tales, y por ende, “disponen” -parafraseando a Thompson- a participar de una lucha política. La formación de clases sociales, entonces, nunca podría ser abordada por fuera del plano colectivo y por fuera del plano de la lucha.

Son estas experiencias, tal cual son vividas y sentidas por los sujetos, lo que representa el modo constitutivo que tienen de comprenderse -ellos mismos y con otros- dentro del mundo. Estas experiencias no necesitan esperar una definición ulterior, una clasificación o una racionalización antes de ser “reales”, o de tener fuerza crítica y orientar a la acción¹². En este sentido, funcionan como “hipótesis” del mundo, es decir, intentos por comprender los elementos de la realidad inmediata y sus

¹¹ Algunos de los autores que aportan a esta propuesta de abordaje, han abordado explícitamente esta pregunta. Dice Meiksins Wood que, si no son las relaciones de clase, “¿entonces qué otra estructura de dominación se esconde en el núcleo del poder político y social? [...] ¿entonces qué otras relaciones sociales constituyen la base de la organización social humana y el proceso histórico?” (2013:176). De manera contundente, la autora concluye que “sería necesario reescribir masivamente la historia para demostrar la marginalidad de las relaciones de producción y de la clase a la hora de determinar los procesos históricos; o al menos, sería preciso reanalizar profundamente el capitalismo, para poder demostrar que entre los modos de producción históricos éste es el único que subordina las relaciones de producción y de clase a otros determinantes históricos” (Meiksins Wood, 2013: 299). Gunn, por su parte, afirma que ninguna respuesta ha suplantado la superioridad del punto de vista de Marx, tanto política como metodológicamente, al momento de explicar las clases: “otras relaciones de este tipo (por ejemplo, relaciones sexuales y raciales) son mediadas a través de la relación del capital, de la misma manera que, por su parte, ésta existe como algo mediado por ellas. La pregunta acerca de si tal relación es ‘dominante’ es escolástica, a menos que sea abordada en términos concretamente políticos (es decir, también fenomenológicos)” (Gunn, 2004: 30).

¹² Este realismo cotidiano y la fuerza crítica de lo “cotidiano” ha sido analizado en trabajos previos de la autora y del equipo de investigación al cual pertenece. No se colocan las referencias a efectos de la política de evaluación a ciegas del artículo.

conexiones, tal cual se les evidencia a su experiencia, y por ello, son siempre “hipótesis históricamente ciertas” (Williams, 2000)¹³

Aquí, se vuelve problemática la cuestión de la correspondencia siempre nítida o de la traducción sencilla y mecánica entre las relaciones y condiciones materiales que organizan estructuralmente la vida social, y el lenguaje de la experiencia concreta que expresan los sujetos; y entre éstos lenguajes y las decisiones de estrategia política¹⁴. Es decir, siempre hay *experiencia de clase*, pero no necesariamente esa experiencia se expresa en un lenguaje explícitamente clasista ni conlleva decisiones de estrategia política que actúen en consecuencia. En todo caso, tal correspondencia es una cuestión histórica y empírica que, contrariamente a cualquier visión determinista o lineal, requiere ser analizada y estudiada en contextos situados. No obstante, en esa *experiencia de clase* se encuentran plenamente representadas las relaciones de producción, sus conflictos y luchas inherentes.

En este marco, el enfoque de clase que proponemos nos permite afirmar que cualquier campo de lucha en donde intervengan y se opongan unos agentes contra otros por el control de la producción y distribución de condiciones de existencia material, es susceptible de ser abordado desde esta perspectiva. Si la relación capital-trabajo se configura antagónicamente y atraviesa la totalidad de las prácticas sociales, produciendo consecuencias para toda la estructura de poder político y social, es imposible considerar luchas o conflictos aislados en donde esta relación se anule.

Holloway, explica en esta línea que, entonces, la mirada de la lucha de clases se enriquece:

Toda práctica social es un incesante antagonismo entre la sujeción de la práctica a las formas fetichizadas, clasificadoras del capitalismo, y el intento de oponerse y deshacer dichas formas a favor de otras nuevas. No se puede hablar entonces de la existencia de formas de lucha no clasistas y tampoco suponer que las clases están pre-constituidas y que la subordinación del trabajo al capital está preestablecida y se organizan a partir de ahí (2004:79)

Lo anterior es importante porque nos permite revisar el punto de vista que sostiene que “la paz”, “el ambiente”, “el género”, etc.-, representan problemas alrededor de los cuales no operan o se anulan las formas capitalistas de organización social –en sus versiones más extremas, la solución a estos problemas implicaría una “superación de la política de clases”. Justamente esa condición refractaria o condicionada en la que aparecen o se expresan estas cuestiones o problemas en los sujetos en lucha y en sus formas de organización política es una consecuencia misma de la dinámica del orden social y

¹³ De forma similar al planteamiento thompsoniano respecto de la categoría de *experiencia*-, Williams utiliza el concepto de “estructuras de sentimientos” para referirse a los efectos de las relaciones y estructuras capitalistas en la vida inmediata de los sujetos. Una problematización profunda sobre la trayectoria de este concepto en Williams se encuentra en López (2012) o Cáceres Riquelme y Herrera Pardo (2014).

¹⁴ Este aspecto es discutido y justificado ampliamente en Meiksins Wood (1983 y 2012); Williams (2000); Taylor (2009), Cambiasso y Longo (2013).

político capitalista. Con un escenario así planteado, la clave clasista resuena en mayor o menor medida en todos los procesos de colectivización, agrupamiento, desagrupamiento, cohesión o fragmentación, en los que haya involucrado alguna forma de antagonismo en relación con las condiciones materiales de vida. Sería un error, luego, buscar la *clase* solo en los grupos que se autodenominan “clases” o realizan invocaciones clasistas.

Es que, como explicamos antes, la experiencia de *volverse clase* puede emerger en distintos lugares, momentos, situaciones; nunca surge exactamente de la misma forma y ello le da a la clase una condición de impredecibilidad, justamente, porque no se puede determinar de antemano o teóricamente su constitución o emergencia, y por tanto, requiere del análisis histórico y concreto de la práctica política de los sujetos. En este marco, Meiksins Wood, sitúa el foco de la tarea analítica en:

[...] explorar qué es lo que estas "estructuras" hacen a las vidas de las personas, cómo lo hacen y qué es lo que las personas hacen acerca de ello; o, como diría Thompson, cómo las presiones determinantes de los procesos estructurados son experimentadas y manejadas por las personas (1983: 109).

Lo anterior nos arroja un plano infinito de “efectos” que, en forma de experiencias vividas y sentidas, pueden asumir las relaciones antagónicas históricamente específicas de una sociedad capitalista. Es allí, en ese plano de múltiples “efectos” donde se vuelve posible el análisis de las combinaciones y superposiciones de esas experiencias, y los ámbitos, lenguajes, alcances o proyecciones que les dan forma. Esto último nos permite hablar, más bien, de un campo de experiencias de clases.

1. Campo de experiencias de clases: espontaneidad y conciencia

Atender las *experiencias de clase* importa mirar un campo complejo y no necesariamente coherente y unidireccional de experiencias cuya diversidad puede ser identificada. Siendo que -como lo dijo ya Gramsci- la formación de la clase procede no como sujetos *constituídos* sino más bien como un espacio heterogéneo integrado por sujetos *en constitución*¹⁵, con Modonesi (2013) coincidimos en hablar más bien de un “campo” adentro del cual confluyen simultáneamente y no exentas de oposición o contradicción las formas de experiencias a través de las cuales la clase se constituye.

¹⁵ Nos referimos a la conocida nota de los Cuadernos de la Cárcel (C.XXIII): “Historia de la clase dominante e historia de las clases subalternas. La historia de las clases subalternas es necesariamente disgregada y episódica: hay en la actividad de estas clases una tendencia a la unificación aunque sea en planos provisionales, pero esa es la parte menos visible y que solo se demuestra después de consumada. Las clases subalternas sufren la iniciativa de la clase dominante, incluso cuando se rebelan; están en estado de defensa alarmada. Por ello cualquier brote de iniciativa autónoma es de inestimable valor” (Gramsci, 2010:493). Además, se complementa con la nota sobre espontaneidad y dirección consiente, del C.XX (Gramsci, 2010: 309-312). Este aspecto disgregado, desconectado, desigual o aislado de las experiencias de clase es lo que Thompson señalará también -en su Prefacio a *La formación de la clase obrera en Inglaterra*- como la condición de partida de la clase: “Por clase, entiendo un fenómeno histórico que unifica una serie de sucesos dispares y aparentemente desconectados en lo que se refiere tanto a la materia prima de la experiencia como a la conciencia” (1989: p .XIIIV).

Coinciden Meiksins Wood (1983), Modonesi (2010) y Ciuffolini (2015) que, en este plano, la centralidad del aporte gramsciano para pensar la formación de clases constituye la posibilidad de considerar un escenario que se encuentra atravesado en todo momento por la tensión entre:

- *espontaneidad*, en tanto asimilación, aceptación o internalización subjetiva de las relaciones de dominación capitalistas. Esta cualidad refleja más bien la participación y reproducción de los consensos generales que sostiene las relaciones capitalistas. De ahí que puede incluir a modo de ejemplo, formas de experiencias que implican la subsunción de identidades y culturas a las identidades y culturas dominantes; la no identificación o el no cuestionamiento de las formas y reglas de la dominación, o la consideración sobre la justicia o pertinencia de las mismas¹⁶.
- *conciencia*, en tanto cualidad de la constitución subjetiva dispuesta a rechazar relaciones de dominación y construir otro tipo de relaciones. Involucra, en términos subjetivos, tanto la *negación* o *impugnación* (puntual, parcial, o total) de relaciones sociales capitalistas; como la *superación* de esas formas de dominación existente, a través de la creación de relaciones sociales alternativas. A modo de ejemplo, experiencias de conciencia son aquellas que involucran la identificación e impugnación de formas de reglas y formas de la dominación (“lo que no debería ser” o lo que “ya no puede ser”); o experiencias que demuestran la existencia de formas otras de relaciones sociales (“lo que ya es otra cosa”)¹⁷.

Ubicados dentro de lo que Gramsci delinea como la cuestión de la concepción del mundo y la hegemonía, “espontaneidad” y “conciencia” son más bien modalidades paradigmáticas y expositivas de las tensiones que supone el proceso de *volverse clase*, por ende, se podrían resumir como extremos siempre relativos de modulaciones que presentan las experiencias de clase. Lo anterior equivale a decir que todo proceso de constitución clasista pasa por un conjunto y una serie de experiencias que -en el cruce o la intersección entre espontaneidad y conciencia- le confieren forma y especificidad¹⁸.

¹⁶ Esta definición toma prestadas, entre otras, las palabras de Gramsci en una de las notas del Cuaderno XX en el que advierte el error de despreciar los procesos de movilización social “espontáneos”: “ ‘Espontáneos’ en el sentido de no debidos a una actividad educadora sistemática por parte de un grupo dirigente ya consciente, sino formados a través de la experiencia cotidiana iluminada por el sentido común, o sea, por la concepción tradicional popular del mundo, cosa que muy pedestremente se llama ‘instinto’ y no es sino una adquisición histórica también él, sólo que primitiva y elemental” (Gramsci, 2010:311).

¹⁷ Aquí también traemos a referencia, entre otras, la nota del Cuaderno XVIII, en la que Gramsci enmarca el problema de la crítica y la conciencia: “¿es preferible ‘pensar’ sin conciencia crítica de ello, de un modo disgregado y ocasional, o sea, ‘participar’ de una concepción del mundo ‘impuesta’ mecánicamente por el ambiente externo, esto es, por uno de los tantos grupos sociales en los que cada cual se encuentra inserto automáticamente desde que entra en el mundo consciente [...], o es preferible elaborar uno su propia concepción del mundo consiente y críticamente, ya, por tanto, escoger la propia esfera de actividad en conexión con ese esfuerzo del cerebro propio, participar activamente en la producción de la historia del mundo, ser guía de sí mismo en vez de aceptar activamente y supinamente la impronta puesta desde fuera a la personalidad?” (Gramsci, 2010: 364-365).

¹⁸ En la propuesta de Ciuffolini, esta tensión entre espontaneidad/conciencia es conceptualizada como aquella forma de *double bind* que caracteriza la construcción subjetiva de las luchas (2010). Holloway, en su propuesta, apunta a esta misma tensión cuando, por ejemplo, afirma que “La lucha no emerge del hecho de que nosotros somos clase trabajadora, sino del hecho de que somos-y-no-somos clase trabajadora, de que existimos contra-y-más-allá de ser clase trabajadora del hecho de que ellos tratan de ordenarnos y comandarnos, pero

Reconocer e identificar estas modulaciones en las *experiencias de clase* supone, entonces, poder decir sobre sus ambigüedades, aspectos contradictorios, oscilaciones y combinaciones relativas entre esos extremos de “espontaneidad” y “conciencia” (Modonesi, 2010)¹⁹; expresiones todas ellas de relaciones antagónicas propias de una sociedad capitalista.

En el lenguaje gramsciano, las implicancias de lo anterior son claras: aun en su disgregación o espontaneidad, los sujetos no son nunca pura espontaneidad o enajenación total; aun bajo una relación de subordinación es posible identificar elementos embrionarios de conciencia. O viceversa: aun en los brotes de rebelión o en las iniciativas de emancipación o conciencia, los sujetos no están exentos de sufrir “la iniciativa de las clases dominantes” (Gramsci, 2010:493), en clara referencia a la siempre relativa asimilación o internalización de valores propuestos por los que dominan o conduce moral e intelectualmente el proceso histórico -*hegemonía*, precisamente.

Lo anterior no hace más que ubicarnos en la vereda de enfrente de cualquier perspectiva que sostenga algún tipo de dualismo inconexo entre un estado de “pura rebeldía-pura clase” y otro de “pura sumisión-pura ausencia de clase”, como momentos separados en la formación de la clase. Semejante separación no es más que una obstrucción a la observación crítica de formas de subjetividad clasista válidas y reconocibles en sus propias circunstancias históricas. Con su énfasis en el proceso de formación de la subjetividad clasista, pensar en un campo de experiencias de clase, por el contrario, nos habilita el reconocimiento de formas de constitución de clase que podrían ser aprehendidas a simple vista como “imperfectas”, “impuras”, “parciales”, “erróneas” o “poco efectivas”. De ahí que el mayor potencial de esta analítica es la superación de esquemas dualistas sobre las condiciones subjetivas dentro de capitalismo: conciencia/falsa conciencia; racionalidad/irracionalidad; clase en sí/clase para sí, etc. (Modonesi, 2010; Ciuffolini, 2015)²⁰.

Pero además, en este plano Gunn (2004: 25) precisa que no tiene ya sentido describir clases “en declive”, en contraste con clases “en auge”, para atribuirles un monopolio de interés o fuerza revolucionaria de una manera fija, pre-definida o esencialista. Este proceso de clasificación o

nosotros no queremos ser ordenados y comandados; de que ellos tratan de separarse de nuestro producto y de nuestra producción y de nuestra humanidad y de nosotros mismos, y nosotros no queremos ser separados de todo eso” (2004: 80). Además, agrega que agrega en su propuesta que nociones como las de “composición de clase”, “descomposición” y “recomposición” no deberían ser entendidas simplemente como la posición cambiante de diferentes grupos, sino como la cambiante configuración de la relación de antagonismo que los atraviesa y de la cual forman parte, y –agregamos nosotros- desde la cual emergen experiencias de clase (Holloway, 2006, 2009, 2011).

¹⁹ Modonesi (2010) propone una sistematización analítica de la variedad de estas experiencias, en términos de sus componentes relativos entre espontaneidad y conciencia: así, propone distinguir entre experiencias de *subordinación*, de *insubordinación*, o de *emancipación*. Entendemos que el esfuerzo de esta propuesta es importantísimo como criterio teórico distinción entre variedad de experiencias.

²⁰ Aquí también Meiksins Wood reformula terminantemente estas distinciones: “La distinción entre “clase en sí” y “clase para sí”, sin embargo, no es simplemente una distinción analítica entre estructura objetiva de clase y conciencia de clase subjetiva. Se refiere a dos etapas diferentes en el proceso de la formación de la clase y, en cierto sentido, a dos diferentes modos históricos de relación entre estructura y conciencia (1983:28)

definición de lo que es o no una clase es el origen de las discusiones interminables acerca de movimientos de clase y de no-clase; de lucha de clases y de “otras formas”; de alianzas entre la clase trabajadora y otros grupos; de pertenencia o no pertenencia a una clase, etc. Esta lectura no permite comprender que, por el contrario, la lucha entre clases permanece inherentemente imprevisible, y entonces, en la medida en que aparecen o se manifiestan conflictos entre grupos, resulta pertinente interpretarlos como el resultado de la propia lucha de clases y “no como la emergencia de clases preestablecidas en su no menos preestablecida “‘verdad’ teórica y política” (Holloway, 2004: 26).

En el fondo, el riesgo de una perspectiva teórica que busque la pureza de la clase como sujeto, no es solo teórica, sino -principalmente- política al abrir la puerta a posturas autoritaristas o elitistas (Butler, 2000; Holloway, 2009; Meiksins Wood, 2013).

Clase y temporalidad

Si atender *experiencias de clase* importa mirar un campo complejo y no necesariamente coherente y unidireccional de diversas experiencias, la mirada diacrónica de estas experiencias lejos de arrojar algo parecido a una “evolución”, “despliegue” o “progresión” de los sujetos como *clase* -como si esta pudiese ser una substancia de la cual se podría decir que los sujetos tienen poco, mucho o nada-; nos ubica en un plano de continuidades y quiebres, de intensidades diversas, en donde lo que varía es justamente las distintas modulaciones de espontaneidad/conciencia de esas experiencias.

Dice Marx, respecto de las revoluciones proletarias como las del siglo XIX:

Las revoluciones burguesas, como la del siglo XVIII, avanzan arrolladoramente de éxito en éxito, sus efectos dramáticos se atropellan, los hombres y las cosas parecen iluminados por fuegos de artificio, el éxtasis es el espíritu de cada día; pero estas revoluciones son de corta vida, llegan en seguida a su apogeo y una larga depresión se apodera de la sociedad, antes de haber aprendido a asimilarse serenamente los resultados de su período impetuoso y agresivo. En cambio, las revoluciones proletarias como las del siglo XIX, se critican constantemente a sí mismas, se interrumpen continuamente en su propia marcha, vuelven sobre lo que parecía terminado, para comenzar de nuevo, se burlan concienzuda y cruelmente de las indecisiones, de los lados flojos y de la mezquindad de sus primeros intentos, parece que sólo derriban a su adversario para que éste saque de la tierra nuevas fuerzas y vuelva a levantarse más gigantesco frente a ellas, retroceden constantemente aterradas ante la vaga enormidad de sus propios fines, hasta que se crea una situación que no permite volverse atrás y las circunstancias mismas gritan: *Hic Rhodus, hic salta!* ¡Aquí está la rosa, baila aquí! (1999:14)

Con esto, la historia de la formación de sujetos clasistas puede ser dispuesta a partir de esos “instantes” que producen nuevos sujetos a partir de un movimiento de reconfiguraciones y recomposiciones entre los extremos de “espontaneidad” y “conciencia” a partir de los cuales se puede caracterizar a las

experiencias de clase. En una propuesta como la que sostenemos, la dimensión temporal implica “abrir el tiempo de los relojes” para reconocer un tiempo de la clase que se erige más bien como *discontinuidad*, interrumpiendo la “duración de la dominación”, y creando su propia “continuidad” (Benjamin, 2007)²¹.

Retomando propuestas de Ciuffolini (2015) y Villegas (2014), creemos que el modo de acceso a ese tiempo dis-continuo de la clase es posible a partir de reconocer su emergencia como *acontecimiento*, o mejor dicho, a partir de *inter-acontecimientos*. Se trata aquí de identificar e hilar esos “puntos” novísimos y excepcionales, en tanto configuración cualitativa singular y única de los modos en que se combinan y son recuperadas diversas experiencias de clase y que por tanto, inscriben un nuevo inicio o inauguran un modo único que tiene un colectivo de sujetos de constituirse como clase. Todas y cada una de las combinaciones de experiencias pueden ser potencialmente recuperadas y articuladas, lo que los vuelve persistente -latente o manifiestamente- en el tiempo como clase, en períodos de *inter-acontecimientos* (Ciuffolini, 2015).

Aquí, la noción de “nuevo inicio” no significa la constitución de la clase desde un punto cero, ni tampoco que su constitución sea un puro presente sin conexión con cualquier tiempo pasado, ni con ninguna proyección futura. Al contrario, lo que pretendemos enfatizar es que cada *acontecimiento* dice sobre la emergencia de una nueva combinación de experiencias de clase, que estas experiencias son tanto pasadas como presentes, propias o ajenas; y por tanto, dan un trazo único, nuevo e inescindible entre el pasado que recuperan, el presente que protagonizan y el futuro que proyectan. Por eso cada acontecimiento, cúmulo de experiencias, carga con una potencia de apertura, de imprevisibilidad, indecibilidad y vértigo sobre su propio tiempo y su propio curso²².

Con esto, se vuelve evidente que el tiempo de la lucha no es un despliegue lineal de una identidad que ya existía al inicio, sino el incesante juego de combinaciones múltiples de experiencias de clase. Con esto, resaltamos un plano de formación de la *clase* en la que ésta no se produce de una vez para siempre: se produce muchas veces; se pierde y se encuentra de nuevo; tiene que ser afirmada y desarrollada, continua y prácticamente. Quedan superadas así aquellas perspectivas que apuntan a identificar algún tipo de “evolución” o “progreso” de las experiencias de clase hacia determinado

²¹ Benjamin (2007), oponen al continuum histórico, como forma del tiempo de los opresores, a la discontinuidad del tiempo de la fuerza destructiva de clase; una discontinuidad que, dialécticamente, tiene su propia continuidad. (cfr. Tesis XV)

²² Para Benjamin, diríamos que construyen una re-velación. Lowy (2003) explora profundamente en las tesis sobre la historia de Benjamin la noción mesiánica de la clase como “inicio”, como ruptura redentora y reveladora.

estadio superior; pero también queda trunco cualquier intento de reconocer algún punto temporo-espacial a partir del cual pueda decirse ‘aquí hay una clase’, y no antes (Meiksins Wood, 1983)²³.

Reflexiones finales

Es particularmente notable como cada época se entiende y dice a sí misma a partir de determinados conceptos que le permiten explicar de algún modo cómo es que las cosas suceden, cuáles son sus problemas, y qué tipo de transformaciones se están dando. Es quizá por ello que cada momento tiene un repertorio de categorías que se vuelven comunes – esto es, compartidas y corrientes– cuyo uso y reiteración parecen casi una moda. Quizá se puede pensar que tal extensión y publicidad de determinados conceptos dicen de la validez o acuerdo respecto de su potencia para explicar el presente, pero son también esas circunstancias las que habilitan la sospecha. Es que las gramáticas teóricas e históricas que hacen a la configuración de lo “real”, de “eso que sucede”, eso “que es y tiene un lugar”, son igualmente operaciones jerarquizantes, divisorias y normalizadoras –diría Foucault–: son artefactos, modos de apreciar, situar, valorar; y en el mismo movimiento su contracara, modos de opacar, dislocar o ignorar.

Si por unos instantes aceptamos lo anterior, entonces no podemos dejar de sospechar de la relativa ausencia de las perspectivas clasistas para el análisis de los procesos de constitución de sujetos alrededor de la conflictividad ambiental o de los conflictos por el acceso, uso y distribución de bienes naturales. Ello se vuelve aun más “sospechoso” cuando gran parte de las lecturas actuales reconocen que estos conflictos son un síntoma visible del complejo entramado de producción de desigualdades del sistema capitalista contemporáneo (socio-económicas, ambientales, políticas, etc.), y de sus formas particulares en América Latina.

En este plano de sospechas hemos planteado lo que puede ser interpretado como una herejía: si estas luchas alrededor de la problemática ambientales se abren paso dentro de la malla de poder diversa y compleja que caracteriza a las relaciones sociales dentro del capitalismo, ello exige, como contraparte, asumir expresamente el desafío de reubicar el análisis de las luchas ambientales en el escenario de la *lucha de clases* en nuestras sociedades capitalistas.

²³ En esta última situación, es evidente la distancia de perspectiva respecto de la cuestión ampliamente difundida por la llamada Escuela de Estudios Subalternos sobre *cuándo un subalterno deja de serlo*: frente a la respuesta sobre el fin de la condición de subalternidad en el acto de rebelión del habla, en esta otra lectura gramsciana que proponemos los subalternos son tales –es decir, sufren aun un mínimo de dominación- aun cuando “hablan”, aun cuando muestran un mínimo de organización. Dirá Modonesi (2010; 2012). que lo que marcaría el fin de la subalternidad no es el acto de rebelión del habla, sino, como explicamos más adelante, el hacerse Estado por medio de una revolución, el volverse clase dirigente o hegemónica.

Aquí, consideramos con Modonesi (2013), que una mirada clasista de las sociedades capitalistas y de los fenómenos socio-políticos no impide reconocer otras contradicciones o antagonismos relacionados con cuestiones como la opresión de género, la liberación nacional, la cuestión indígena, la relación trabajo-naturaleza, etc. Mucho menos la reivindicación de un análisis de clases supone apriorística y automáticamente una “identidad de clase” en los colectivos que luchan. Por el contrario, sólo una perspectiva clasista permite reconocer las imbricaciones y tensiones que articulan, anudan, fragmentan o disocian distintos clivajes sociales, políticos y culturales.

En coherencia con ello, nuestra propuesta recupera una vieja senda que se propone mirar el conflicto a partir de ciertas claves de lectura que sitúan la constitución antagónica y móvil de sujetos clasistas, en el marco de la *relación contradictoria capital-trabajo*. Así, hemos mostrado, a lo largo de este artículo, cómo es posible abordar la formación de la clase en el marco concreto de *experiencias de clases*, que se disponen en su combinación y articulación variable y que emergen como *acontecimiento* en un tiempo que le es propio.

Esta mirada clasista sobre las luchas ambientales no hace más que evidenciar nuestra preocupación por las dinámicas que vuelven posible la constitución de sujetos emancipatorios, cuya identificación resulta necesaria aun cuando estos sujetos puedan diluirse, extinguirse, institucionalizarse o ser absorbidos por el orden hegemónico o no llegar a constituirse. Y ello también comporta quizás otra herejía: el estudio sistemático sobre las maneras en que el desarrollo o las bifurcaciones de estas luchas ambientales subordinan, reproducen, retroalimentan, resisten o subvierten las contradicciones y desigualdades del modo de producción capitalista.

Bibliografía

Altamira, Carlos, (2013) “Introducción” en Carlos, Altamira, (comp.), *Política y Sujbjetividad en tiempos de governance*, pp. 11-48. Buenos Aires, Waldhutr Editores.

Aquiles Chihu, Amparán y Alejandro López Gallegos, (2007) “Construcción de la identidad colectiva en Melucci” en *Polis*. Vol. 3, núm. 1, pp. 125–159. México, Instituto de Investigaciones Jurídicas, UNAM. Disponible en: <http://www.juridicas.unam.mx/publica/librev/rev/polis/cont/20071/art/art6.pdf> [Consultado el 11 de noviembre de 2016]

Benjamin, Walter, (2007) *Conceptos de Filosofía de la Historia*. La Plata, Terramar.

Bonefeld, Werner, (2004) “Clase y constitución” en Holloway, John, (comp), *Clase = Lucha. Antagonismo social y marxismo crítico*, pp. 33-68. Buenos Aires: Ediciones Herramienta.

Bonefeld, Werner, (2009) “Capital, trabajo y acumulación primitiva” en Dinerstein, Cecilia y Neary, Michael, (comp.), *El trabajo en debate: una investigación sobre la teoría y la realidad del trabajo capitalista*, pp. 81-108. Buenos Aires: Ediciones Herramienta.

Butler, Judith, (2000) “El Marxismo y lo meramente cultural” en *New Left Review*, núm. 2, pp. 109–121. Madrid, Ediciones Akal.

Cáceres Riquelme, Jorge y Hugo Herrera Pardo, (2014) “Las formas fijas y sus márgenes: Sobre ‘Estructuras de Sentimiento’ de Raymond Williams. Una Trayectoria” en *Universum*, vol. 29, núm. 1, pp. 173–191. Talca, Universidad de Talca. Disponible en: <http://doi.org/10.4067/S0718-23762014000100010> [Consultado el 11 de noviembre de 2016]

Villegas Guzmán, Sabrina M., (2014). Territorios en disputa, sentidos y prácticas en torno a la lucha por la tierra en una organización campesina del norte de Córdoba. Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba. Disponible en: http://www.ffyh.unc.edu.ar/sites/default/files/e-books/EBOOK_VILLEGAS.pdf [Consultado el 11 de noviembre de 2016]

Cambiasso, Mariela y Julieta Longo, (2013) “La noción de experiencia en E. P. Thompson: una propuesta para el análisis de los casos de alimentación y comercio en la posconvertibilidad” en *Rey Desnudo*, núm. 3, primavera, pp. 233–256. Quilmes, Universidad Nacional de Quilmes. Disponible en: <http://reydesnudo.com.ar/rey-desnudo/article/view/112/110> [Consultado el 11 de noviembre de 2016]

Carvalho, Isabel Cristina Moura, (2002) “El Sujeto ecológico y la acción ambiental en la esfera pública: una Política en transición y las transiciones en la política” en *Tópicos en Educacion Ambiental*, vol. 4, núm. 10, pp. 37–49. Guadalajara, Centro de Educación y Capacitación para el Desarrollo Sustentable (CECADESU).

Ciuffolini, María Alejandra (comp.), (2012) *Por el oro y el moro. Explotación minera y resistencias en Catamarca, Córdoba y La Rioja*. Buenos Aires, Ediciones El Colectivo.

Ciuffolini, María Alejandra, (2010) *Resistencias. Luchas Sociales Urbanas en Córdoba post- 2001*. Córdoba: Editorial de la Universidad Católica de Córdoba (EDUCC).

Ciuffolini, María Alejandra, (2015) “El hilo rojo: subjetividad o clase” en *Revista Crítica y Resistencias*, vol. 1, núm. 1, pp. 51-64. Córdoba, Colectivo de Investigación El llano en llamas. Disponible en: <http://criticayresistencias.comunis.com.ar/index.php/CriticaResistencias/article/view/2/5> [Consultado el 11 de noviembre de 2016]

Clarke, Simon, (2009) “La lucha de clases y la clase obrera” en Dinerstein, Cecilia y Neary, Michael, (comp.), *El trabajo en debate: una investigación sobre la teoría y la realidad del trabajo capitalista*, pp. 55-76. Buenos Aires: Ediciones Herramienta.

Galafassi, Guido, (2006) “Cuando el árbol no deja ver el bosque. Neofuncionalismo y posmodernidad en los estudios sobre movimientos sociales” en Revista Theomai, núm. 14, pp. 37–56. Argentina: Red Internacional de Estudios sobre Sociedad, Naturaleza y Desarrollo. Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=12401404> [Consultado el 11 de noviembre de 2016]

Gómez, Marcelo, (2014) *El regreso de las clases*. Buenos Aires, Editorial Biblos.

Gramsci, Antonio (2010) Antología. México, Siglo XXI Editores.

Guimarães, Roberto, (2002) “La ética de la sustentabilidad y la formulación de políticas de desarrollo” en Alimonda, Héctor, (comp.), *Ecología Política Naturaleza, Sociedad Y Utopía*, pp. 5–24. Buenos Aires, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). Disponible en: <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/gt/20100930022301/4guimaraes.pdf> [Consultado el 11 de noviembre de 2016]

Gunn, Richard, (2004) “Notas sobre clase” en Holloway, John, (comp), *Clase = Lucha. Antagonismo social y marxismo crítico*, pp. 17-32. Buenos Aires, Ediciones Herramienta.

Holloway, John (2004) “Clase y Clasificación” en Holloway, John, (comp), *Clase = Lucha. Antagonismo social y marxismo crítico*, pp. 69-84. Buenos Aires, Ediciones Herramienta.

Holloway, John, (2009) “Clase y Clasificación: en contra, dentro y más allá del trabajo” en Dinerstein, Cecilia y Neary, Michael, (comp.), *El trabajo en debate: una investigación sobre la teoría y la realidad del trabajo capitalista*, pp. 39-54. Buenos Aires: Ediciones Herramienta.

Holloway, John, (2011) ¿Por qué Adorno? Disponible en: <http://www.johnholloway.com.mx/2011/07/31/%C2%BFpor-que-adorno-2/> [Consultado el 11 de noviembre de 2016]

López, Damián, (2012) “La prueba de la experiencia. Reflexiones en torno al uso del concepto de experiencia en la historiografía reciente” en *Prismas*, núm. 16, pp. 33–52. Quilmes, Universidad Nacional de Quilmes. Disponible en: <http://www.unq.edu.ar/advf/documentos/51f6a329bf0a5.pdf> [Consultado el 11 de noviembre de 2016]

Marx, Karl, (1999) *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*. Buenos Aires: CS Ediciones.

Meiksins Wood, Ellen (1983). “El concepto de Clase en E.P. Thompson” en *Cuadernos Políticos*, núm. 36, abril-junio, pp. 87–105. México, ediciones era.

Löwy, Michael, (2003) “Walter Benjamin: aviso de incendio. Una lectura de las tesis "Sobre el concepto de historia"”. Buenos Aires, FCE.

Meiksins Wood, Ellen, (2013). *¿Una política sin clases? El postmarxismo y su legado*. Buenos Aires, RyR.

Modonesi, Massimo, (2010). *Subalternidad, Antagonismo, Autonomía. Marxismos y subjetivación política*. Buenos Aires: CLACSO - Prometeo Libros.

Modonesi, Massimo y Mónica Iglesias , (2016) “Perspectivas teóricas para el estudio de los movimientos sociopolíticos en América Latina: ¿cambio de época o década perdida?” en *De Raíz Diversa*, vol. 3, núm. 5, pp. 95–124. México: Programa de Posgrado en Estudios Latinoamericanos, UNAM.

Disponible en:

<http://latinoamericanos.posgrado.unam.mx/publicaciones/deraizdiversa/no.5/Vol. 3, num. 5, enero-junio, 2016.html> [Consultado el 11 de noviembre de 2016]

Modonesi, Massimo, (2013) “Marxismo crítico y teorías de los movimientos sociales”. Mimeo. Disponible en:

<https://dl.dropboxusercontent.com/u/66023340/Marxismo%20cr%C3%ADtico%20y%20teor%C3%A1das%20movimientos.pdf> [Consultado el 11 de noviembre de 2016]

Navarro Trujillo, Mina Lorena y César Enrique Pineda Ramírez, (2009) “Luchas socioambientales en América Latina y México. Nuevas subjetividades y radicalidades en movimiento” en *Bajo el Volcán* vol. 8, núm. 14, pp. 81-104. Puebla, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

Navarro Trujillo, Mina Lorena, (2012). “Las luchas socioambientales en México como una expresión del antagonismo entre lo común y el despojo múltiple” en *Revista OSAL*, núm. 32, pp. 149-171. Buenos Aires, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). Disponible en:

http://www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana/libro_por_programa_detalle.php?campo=&texto=&id_libro=717 [Consultado el 11 de noviembre de 2016]

Parra, Marcela Alejandra, (2005) “La construcción de los movimientos sociales como sujetos de estudio en América Latina” en *Athenea Digital*, núm. 8, otoño, pp. 72–94. Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona. Disponible en: <http://atheneadigital.net/article/view/n8-parra-1> [Consultado el 11 de noviembre de 2016]

Soto Fernández, David; Herrera González de Molina, Antonio; González de Molina, Manuel y Antonio Ortega Santos, (2007) “La protesta campesina como protesta ambiental, siglos XVIII-XX” en *Historia Agraria*, núm.42, agosto, pp.277–301. Murcia, Sociedad Española de Historia Agraria (SEHA).

Disponible en: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2363539> [Consultado el 11 de noviembre de 2016]

Svampa, Maristella, (2010) “Hacia una gramática de las luchas en América Latina: movilización plebeya, demandas de autonomía y giro eco-territorial” en Revista Internacional de Filosofía Política, núm. 35, pp. 1–28. Madrid: Universidad Autónoma Metropolitana. Disponible en: <http://e-spacio.uned.es/fez/eserv/bibliuned:filopoli-2010-numero35-2020/Documento.pdf> [Consultado el 11 de noviembre de 2016]

Svampa, Maristella, (2013) “‘Consenso de los Commodities’ y lenguajes de valoración en América Latina” en *Nueva sociedad*, num. 244, marzo-abril, pp. 30-46. Buenos Aires, Fundación Foro Nueva Sociedad. Disponible en: <http://nuso.org/articulo/consenso-de-los-commodities-y-lenguajes-de-valoracion-en-america-latina/> [Consultado el 11 de noviembre de 2016]

Taylor, Graham, (2009) “Trabajo y subjetividad: repensar los límites de la conciencia obrera” en Dinerstein, Cecilia y Neary, Michael ,(comp.), *El trabajo en debate: una investigación sobre la teoría y la realidad del trabajo capitalista*, pp. 109-130. Buenos Aires: Ediciones Herramienta.

Thompson, Edward P., (1981) *Miseria de la Teoría*. Barcelona: Editorial Crítica.

Thompson, Edward P., (1984) *Tradición, revuelta y consciencia de Clase*. Barcelona: Editorial Crítica.

Thompson, Edward P., (1989) *La formación de la clase obrera en Inglaterra - Tomo I*. Barcelona: Editorial Crítica.

Tischler, Sergio, (2004) “La forma clase y los movimientos sociales en América Latina” en Revista OSAL, año 5, núm. 13, enero-abril, pp- 77-85. Buenos Aires, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). Disponible en: <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/osal/20110307011200/7ACTischler.pdf> [Consultado el 11 de noviembre de 2016]

Williams, Raymond, (2012) “Literatura y sociología” en Williams, Raymond, *Cultura y materialismo*. Buenos Aires, La marca editora, pp. 27-49.

Williams, Raymond. (2000). *Marxismo y literatura*. Barcelona: Ediciones Península.

Zibechi, Raúl (2013) “Cuando el presente deja de ser una extensión del pasado” en Zibechi, Raúl y Hardt, Negri, *Preservar y compartir*, pp. 67-90. Buenos Aires: Mardulce. Disponible en: <https://es.scribd.com/document/201433312/Preservar-y-Compartir> [Consultado el 11 de noviembre de 2016]

